



Créditos:

Vade Retro
Bestiario de lo sobrenatural III

Primera Edición: octubre 2017
Código: 978-540003863505-0118

Autores: Robert Hugh Benson, David Calvo, Edith, Ricardo Cortés Pape,
Óscar Muñoz Caneiro, Raelana Dsagan, Ángel W. Elgue,
José Manuel Fernández Aguilera, Javier S. Donate, Ángeles Mora,
L.G. Morgan, Martín Salegui, Edgar Segá, Lisardo Suárez
y Soren L. M. Wright

Traducción de «La historia del padre Meuron»: Erica Gómez Gris

Ilustración de portada: Elías Fosco
Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins
Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso
Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos
Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A
CP 50006 Zaragoza
www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Vade Retro



Bestiario de lo sobrenatural 3

LA HISTORIA DEL PADRE MEURON

Por Robert Hugh Benson

EL PADRE MEURON se había mostrado muy voluble durante la cena del sábado. Se exclamaba, agitaba las manos, sus brillantes ojos negros destellaban sobre sus mejillas sonrosadas y su pelo parecía más encrespado que nunca.

Estaba sentado a aquella mesa en forma de herradura en la parte más apartada de mí y pude comentar su exuberancia al sacerdote inglés que se sentaba a mi lado sin temor a ser oído. El padre Brent sonrió.

—Está ebrio de *gloire* —dijo—. Esta noche nos va a contar una historia.

Esto explicaba todo. No tenía muchas ganas, sin embargo, de escuchar su recital. Estaba convencido de que estaría lleno de embelesadas damas emperifolladas que terminarían sus días en conventos bajo la dirección espiritual del padre Meuron, así que, cuando nos dirigimos al piso superior, me busqué un rincón oscuro, un poco atrás del semicírculo, donde podría quedarme dormido si me apetecía sin hacerme notar.

La verdad es que no estaba en absoluto preparado para el tipo de historia que nos aguardaba. Cuando todos hubimos tomado asiento y monseñor tuvo la pipa convenientemente prendida, y él mismo estuvo bien recostado en un diván, el francés comenzó. Lo hizo en su propio idioma, pero yo la transcribiré en inglés con tanta precisión como me sea posible.

—Mi contribución a estos relatos... —empezó sentado en su sillón en el centro del círculo, un poco de espaldas a mí—. Mi contribución a los relatos que estos buenos sacerdotes van a contarnos es un asunto de exorcismos. Es un tema con el que quienes vivimos en Europa no estamos familiarizados ya en estos tiempos. Parecería, supongo, que la gracia tiene un cierto poder,

acumulado a través de los siglos, para saturar incluso los objetos físicos con su poder. Aunque los hombres se rebelen, los sacrificios ofrecidos y las plegarias vertidas tienen la facultad de mantener a Satán en jaque y evitar sus manifestaciones más formidables. Incluso en mi pobre país en estos momentos, a pesar de la tan extendida apostasía, a pesar incluso de la adoración deliberada a Satán, la gracia sigue en la atmósfera y es muy raro, de hecho, que un sacerdote tenga que lidiar con un caso de posesión. También en vuestra respetable Inglaterra es lo mismo: la simple piedad de los protestantes ha mantenido viva en buena medida la fuerza del Evangelio. Aquí, en este país de Italia, las cosas son algo diferentes. Los viejos poderes han sobrevivido al asalto cristiano y, aunque no pueden vivir en la Sagrada Roma, hay rincones en que sí pueden hacerlo.

Desde mi sitio vi que el padre Bianchi lanzaba una mirada furtiva al orador y tuve la impresión de captar un asentimiento renuente.

—De todas formas —continuó el francés con un magnífico gesto de desestimación—, mi historia no concierne este continente, sino la pequeña isla de La Souffrière. Sus circunstancias son otras que las de aquí. Era una plaza fuerte de la oscuridad cuando estuve ahí en 1891. La gracia, a pesar de estar presente en los corazones de los hombres, no había penetrado aún en la creación inferior. ¿Me entienden? Había muchas personas santas que conocí, que frecuentaban los sacramentos y vivían devotamente, pero había muchos otros con otras costumbres. Los ritos antiguos habían sobrevivido en secreto entre los negros y la oscuridad... cómo podría decirlo... la penumbra se hacía visible.

»Para nuestra historia, en cualquier caso.»

El sacerdote se reacomodó en su silla y juntó los dedos como si fueran instrumentos preciosos. Estaba disfrutando enormemente y pude ver que se preparaba para hacer una revelación.

—Fue en 1891 —repetió— cuando fui con otro de nuestros padres a la misión. No les importaré, caballeros, con el relato de

nuestra llegada ni el de los meses que la siguieron, excepto, quizás, para contarles que estaba asombrado por gran parte de lo que vi.

»Hasta la fecha nunca había percibido de un modo tan evidente el poder de los sacramentos. En tierras civilizadas, como les evocaba, la atmósfera está cargada con gracia. Cada sacramento es como una ola en un océano profundo. Incluso aquel que carece del favor de Dios disfruta de Su gracia cada vez que respira. Están las iglesias, las religiones, las personas pías a su alrededor, tiene siglos de oraciones tras él. Los mismos edificios en los que entra, como nos explicaba M. Huysmans, están imbuidos por los rezos. A pesar de ser un niño malo, está aún en la casa de su padre, y el retorno de la muerte a la vida no es tal viaje a través del abismo, a fin de cuentas. Pero ahí en La Souffrière todo es cristiano o diabólico. Uno permanece en la orilla del mar para contemplar a los rompeolas de la gracia y cada uno es un milagro. Os aseguro que he visto santos catecúmenos con espuma en la boca y los ojos en blanco de dolor mientras el agua salvadora caía sobre ellos y cómo lo que estaba en su interior era arrastrado. Como el Evangelio relata, *Spiritus conturbavit illum: et elisus in terrain, volutabatur spumans.*»

El padre Meuron hizo una nueva pausa.

—Tenía interés por corroborar esta evidencia que había llegado a mis oídos en otras ocasiones. Más de un misionero me había contado la misma cosa y yo había encontrado en sus historias paralelismos con las relatadas por los primeros predicadores del cristianismo en los albores de la Iglesia.

»Me mostraba incrédulo al principio —continuó el sacerdote—, «hasta que vi estas cosas por mí mismo. Un viejo padre de nuestra misión me regañó por ello. “Eres un ignorante”, me dijo. “Te comportas como si estuvieras todavía en el seminario”. Y tenía razón en su reprimenda, amigos míos.

»Un lunes por la mañana, cuando nos juntamos para nuestro consejo, vi que este viejo sacerdote tenía algo que decir. M.

Lasserre era su nombre. Se mantuvo en estricto silencio hasta que se zanjaron los temas menores y, entonces, se volvió hacia el padre rector.

»“Monseñor ha escrito”, anunció, “y me ha dado el permiso necesario para el asunto que usted sabe, padre. Y me invita a tomar a otro sacerdote conmigo. Solicito que el padre Meuron me acompañe; necesita una lección, este ferviente joven misionero.”

»El padre rector me sonrió al verme estupefacto y asintió al padre Lasserre para darle el permiso.

»“El padre Lasserre te explicará todo”, dijo alzándose para la oración. Y el buen sacerdote me explicó todo tal y como le había indicado el padre rector.

»Ocurría que tenía un asunto de exorcismo entre las manos. Una mujer que vivía con su madre y su marido se había visto afectada por el diablo, me dijo el padre Lasserre. Era una catecúmena y durante varios meses se había mostrado muy devota; todo parecía ir bien hasta que este... este asalto había sido realizado contra su alma. El padre Lasserre había visitado a la mujer y la había examinado, y había enviado su informe al obispo, solicitando permiso para exorcizar a la criatura. Dicho permiso había sido otorgado aquella mañana.

»No me aventuré al decirle al sacerdote que estaba equivocado y que podría tratarse de un caso de epilepsia. “He estudiado algo en mis libros de preparación médica y todo lo que me ha referido parece confirmar mi diagnóstico. Ahí están los síntomas, fáciles de interpretar. ¿Qué me dice?” El sacerdote hizo otra vez su gesto... “Sabía más en mi juventud que todos los Padres de la Iglesia.”

»“Los asuntos de endemoniados no eran otra cosa que una afección del cerebro... ¡sueños y delirios! Y si los exorcismos parecían rendir servicio, era por el efecto de su solemnidad en la mente. Nada más.”

»Se rió con fiera ironía.

»“Lo sabes todo, caballero.”»

A estas alturas, había perdido todo deseo de dormir. El sacerdote francés era más interesante de lo que había esperado.

Su engolamiento parecía haber desaparecido, su voz temblaba un poco mientras enjuiciaba su propia arrogancia, y empecé a preguntarme cómo aquel cambio de mentalidad se había forjado.

—Partimos aquella tarde —continuó—. La mujer vivía en el lado opuesto de la isla, quizás a un par de horas de viaje, ya que el camino era arduo. Mientras lo recorriamos, el padre Lasserre me contó más.

» Parece ser que la mujer blasfemó.”

»El subconsciente, me dije a mí mismo, tal y como M. Charcot ha explicado: son sus antiguos hábitos reafirmandose.

»“Eché espumarajos y puso los ojos en blanco.”

»Una afección del cerebro, me dije.

»“Temía el agua bendita y no osaron echársela encima al ver la ferocidad con la que se debatía.” Porque le habían enseñado a temerla, pensé yo.

»Así me iba hablando el buen padre, echándome una mirada de vez en cuando, y yo sonreía en mi corazón sabiendo que era un simple pobre viejo que no había estudiado con los nuevos libros.

»“Estaba más tranquila tras la puesta de sol”, me dijo, “y acepta comer un poco entonces. Sus ataques vuelven con frecuencia hacia el mediodía.” Y yo sonreí de nuevo al oírlo. ¿Por qué? El calor la afectaba. Se mostraría más tranquila, la ciencia nos lo explicaba, cuando cayera la tarde. Si fuera el poder de Satán el que la oprimía, hubiera mostrado seguramente más su rabia en las sombras que en la luz. Las Escrituras nos lo revelan.

»Compartí estas reflexiones con el padre Lasserre, como si fuera una pregunta, y él me miró:

»“Quizás, hermano”, me dijo, “ella esté más cómoda en la oscuridad y tema la luz, y por eso esté más tranquila cuando el sol se pone.”

»De nuevo, sonreí para mí mismo. Qué devoción, me dije, y qué tonterías.

»La casa en la que vivían los tres estaba apartada de las demás. Era un cobertizo al que se habían mudado una semana antes porque los vecinos no podían soportar por más tiempo los alaridos de la mujer.

»Y llegamos hacia la puesta de sol.

»Era una tarde pesada, opaca y sofocante, y cuando bajamos por el sendero vi la alta montaña humeante a la izquierda entre árboles enmarañados. Nos rodeaba un gran silencio y no había viento y cada hoja perfilada contra el cielo rosado parecía cortada en acero.

»Ahora veíamos el tejado frente a nosotros y un poco de humo que escapaba por un agujero, pues no había chimenea.

»“Vamos a descansar aquí un poco, hermano”, dijo mi amigo. “No entraremos hasta que anochezca.” Y tomó su libro de oraciones y empezó a recitar sus maitines y sus laudes sentado en un tronco caído junto al camino.

»Todo estaba muy silencioso. Yo sufría terribles distracciones, pues era un hombre joven y excitable, y a pesar de saber que no era más que epilepsia lo que iba a ver, tampoco me tranquilizaba: la epilepsia tampoco es una visión agradable. Pero estaba terminando mi primera completa cuando vi que el padre Lasserre no estaba mirando su libro.

»Estábamos a treinta yardas del tejado de la choza, que había sido construido aprovechando un desnivel del terreno de tal forma que estaba a la misma altura que el suelo donde nos habíamos sentado. Bajo él había un pequeño espacio abierto, llano, de unas veinte yardas tal vez, y algo más lejos comenzaba el bosque de nuevo, y mucho más allá se veía el humo del pueblo contra el mar. También había una boca de pozo con un pozal junto a ella y al lado de este se encontraba un hombre, un negro, muy tieso, con una vasija en la mano.

»El tipo se giró mientras lo miraba y nos vio ahí, dejó caer su vasija y pude ver sus blancos dientes. El padre Lasserre se puso en pie y se llevó un dedo a los labios, asintiendo una o dos veces,

apuntó al oeste, donde el sol estaba justo sobre el horizonte, y el tipo asintió hacia nosotros de nuevo y se agachó por su vasija. Luego la llenó del pozal y volvió al interior de la casa.

»Miré al padre Lasserre y este me miró a mí:

»“En cinco minutos”, me dijo; “ese es el marido. ¿No has visto sus heridas?”

»“Lo único que he visto son sus dientes”, respondí, y mi amigo asintió de nuevo y procedió a terminar su completa.»

De nuevo el padre Meuron hizo una pausa dramática. Su cara rubicunda parecía algo pálida a la luz de las velas y todavía no nos había contado nada que pudiera justificar su aparente horror. Claramente, algo estaba a punto de llegar.

El rector se reclinó hacia mí y me susurró algo tras su mano en referencia a lo que el francés había relatado unos minutos antes, que ningún sacerdote tiene permitido realizar un exorcismo sin la autorización especial del obispo. Yo asentí y le di las gracias.

El padre Meuron clavó sus ojos horriblemente abiertos en el círculo, apretó las manos y continuó:

—Cuando el sol mostró únicamente una línea roja por encima del mar, bajamos a la casa. El sendero discurría en alto por encima del tejado y después caía por el límite de la ventana hasta la parte frontal del cobertizo.

»Miré a ambos lados a través de esa ventana mientras iba tras el padre Lasserre, quien llevaba su bolsa con el libro y el agua bendita, pero no pude ver nada salvo la luz del fuego. Y no había sonido alguno. ¡Aquello me resultaba terrible!

»La puerta estaba cerrada cuando llegamos ante ella y, cuando el padre Lasserre alzó la mano para llamar, se escuchó un aullido de bestia procedente del interior.

»Llamó y me miró.

»“¡Es tan solo epilepsia!”, dijo, y sus labios se arrugaron al hacerlo.»

El sacerdote se detuvo de nuevo y nos sonrió con ironía a todos. Luego se aferró las manos sobre el pecho como un hombre aterrado.

—No voy a contarles todo lo que vi —continuó— cuando la vela fue encendida y puesta sobre la mesa, sino tan solo un poco. No dormirían bien, amigos míos... al igual que tampoco lo hice yo aquella noche.

»Pero la mujer estaba sentada en un rincón junto a la chimenea, atada mediante cuerdas por los brazos al respaldo de la silla y por los pies a las patas de la misma.

»Caballeros, no era como ninguna mujer en absoluto... El aullido de un lobo salía de sus labios, pero había palabras en el aullido. Al principio no pude entenderlas, hasta que empezó a usar el francés, y entonces comprendí. ¡Dios mío!

»La espuma goteaba desde su boca como agua y sus ojos... ¡Pero ahí! Empecé a temblar cuando los vi junto al agua bendita derramada por el suelo y la coloqué con premura en la mesa, junto a la vela. Había un plato de carne en esta, cordero asado, creo, y una rebanada de pan junto a él. Recuerden eso, caballeros... ¡ese cordero y ese pan! Y mientras permanecía ahí me dije a mí mismo, como en un acto de fe, que aquello no era otra cosa que epilepsia o, a lo sumo, locura.

»Amigos míos, es probable que pocos de ustedes conozcan la forma del exorcismo. No era ni el Ritual ni el Pontificio, y no puedo recordarlo al completo, pero empezaba así:»

El francés se alzó y permaneció de espaldas al fuego, con la cara en las sombras.

—El padre Lasserre estaba donde estoy yo ahora, con su sotana y su estola, y yo a su lado. Ahí donde está mi asiento estaba la mesa, así de cerca, con el pan y la carne y el agua bendita y la vela. Más allá de la mesa estaba la mujer; su marido permanecía junto a ella, a su izquierda, y la anciana madre estaba ahí... —indicó abriendo la mano hacia la derecha— desgranando las cuentas de su rosario y sollozando... tan solo sollozando.

»Cuando el padre estuvo listo, tras decir algo a los otros, me hizo signo para que tomara el agua bendita de nuevo –ella permanecía tranquila en aquel momento– y después la asperjara.

»Al alzar él la mano, ella levantó la mirada, y había en sus ojos terror, como si temiera un golpe, y al caer las gotas sobre ella brincó hacia delante en la silla, y la silla saltó con ella. Su marido estaba a su lado y la arrastró hacia atrás de nuevo. Pero, ¡Dios mío!, era terrible verlo: sus dientes relucían, como si sonriera, pero las lágrimas corrían por su rostro.

»Entonces ella se lamentó como un niño que sufre. Era como si el agua bendita le quemase; alzó su rostro hacia su marido como si suplicara que le quitara las gotas de encima.

»Y durante todo ese tiempo yo continuaba a decirme que aquello era el terror que su mente tenía ligado al agua bendita... que no podía ser que estuviera poseída por Satán... que no era otra cosa que locura... ¡locura y epilepsia!

»El padre Lasserre continuó con las plegarias y yo dije amén, y había un salmo... *Deus in nomine tuo salvum me fac...* y entonces llegó el primer requerimiento al espíritu impuro para que saliera en el nombre de los Misterios de la Encarnación y la Pasión.

»Caballeros, les juro que algo ocurrió entonces, pero no sé el qué. Cayó sobre mí una suerte de confusión y oscuridad. No vi nada... era como si estuviera muerto.»

El sacerdote alzó una mano temblorosa para enjugar el sudor de su frente. Había un silencio profundo en la habitación. Miré una vez hacia monseñor y vi que sostenía su pipa a una pulgada de la boca, los labios flácidos y abiertos bajo su mirada fija.

–Cuando volví en mí, el padre Lasserre estaba leyendo los Evangelios, cómo Nuestro Señor dio autoridad a su Iglesia para expulsar espíritus impuros, y todo esto sin un temblor en su voz.

–¿Y la mujer? –inquirió una voz ronca desde la silla del padre Brent.

–¡Ah, la mujer! ¡Dios mío! No lo sé. No la miré. Tenía los ojos fijos en el plato de la mesa, pero al menos no gritaba en esos momentos.

»Cuando terminó con las Escrituras, el padre Lasserre me dio el libro.

»“¡Bah, padre!”, me dijo, “Es tan solo epilepsia, ¿no?”

»Entonces me hizo señas para que me acercara y lo hice sujetando el libro hasta que estuvimos a tan solo una yarda de la mujer. Pero yo no podía sujetar el libro, se sacudía, se sacudía...»

El padre Meuron extendió su mano.

–Así se sacudía, caballeros.

»Me quitó el libro con brusquedad, enojado. “Échate atrás”, me dijo, y tendió el libro al marido.

»“Ahí”, dijo.

»Yo volví detrás de la mesa y me apoyé en ella. Entonces el padre Lasserre... ¡Dios mío! ¡El coraje de ese hombre! Impuso sus manos en la cabeza de la mujer. Ella se retorció para morderle, pero era demasiado fuerte para ella y, entonces, leyó con voz potente el segundo requerimiento al espíritu impuro.

»“*Ecce crucem Domini!* ¡Contempla la Cruz del Señor! ¡Huye huésped adverso! ¡El león de la tribu de Judá ha prevalecido!”

»Caballeros –el francés extendió las manos–, yo que aquí comparezco os cuento algo que ocurrió. Dios sabe qué. Yo solo sé esto: que mientras esa mujer gritaba y pateaba el suelo, la llama de la vela tomó el color del humo por un instante. Me dije a mí mismo que había sido el polvo de su debatir y su aliento... Sí, caballeros, tal y como se dicen ustedes ahora... ¡Bah! No es más que epilepsia, ¿no?»

El viejo rector se inclinó hacia delante con mano despreciativa, pero el francés lo fulminó con la mirada y se puso a gesticular; había un murmullo en la habitación y el viejo sacerdote se reclinó de nuevo y sostuvo su cabeza con la mano.

–Entonces hubo una plegaria. Escuché *Oremus*, pero no osé mirar a la mujer. Fijé mis ojos en el pan y la carne; era la única

cosa limpia en aquel terrible cuarto. Murmuré para mí mismo: “Pan y cordero, pan y cordero”. Pensé en el refectorio en casa... cualquier cosa. Entiéndanme, caballeros: cualquier cosa familiar para aquietar mi espíritu.

»Entonces tuvo lugar el tercer exorcismo...»

Vi las manos del francés alzarse y caer, engarfiadas, y sus dientes cerrados sobre su labio para detener sus temblores. Tragó una o dos veces. Luego siguió con una voz muy baja, siseante:

–Caballeros, juro ante ustedes por Dios Todopoderoso que esto es lo que vi. Mantuve mis ojos en el pan y la carne. Permanecieron ante mis ojos y, a pesar de ello, vi, además, al buen padre Lasserre inclinado sobre la mujer de nuevo, y lo oí principiar: “*Exorcizo te...*”

»Y entonces esto ocurrió... esto ocurrió...

»El pan y la carne se corrompieron infestándose de gusanos ante mis ojos...»

El padre Meuron se impulsó hacia delante, se dio media vuelta y se dejó caer en su sillón mientras los dos sacerdotes ingleses a ambos lados se ponían en pie de golpe.

En unos minutos fue capaz de decirnos que todo había terminado bien, que la mujer ahora se encontraba en sus cabales, después de un incidente o dos que omitiré, y que aquel aparente paroxismo que había acompañado las palabras del tercer exorcismo había pasado tan de repente como había sobrevenido.

Después pasamos a las oraciones nocturnas y nos fortificamos contra la oscuridad.

Sobre el autor de «La historia del padre Meuron»:

Robert Hugh Benson (1871 – 1914) fue un sacerdote anglicano ordenado por su propio padre, el arzobispo de Canterbury y cuya conversión al catolicismo en 1903 causó un gran revuelo en el Reino Unido. Es autor de novelas como *Señor del mundo* (1907), considerada una de las primeras distopías modernas, así como de cuentos infantiles y novelas tanto de ficción histórica como contemporánea.

EL ARGUMENTO LEE MIN KI

Por Ángel W. Elgue

—SEÑORITA FEITO, ¡BIENVENIDA! Deje el paraguas por allí, no se preocupe. Y tranquila: no pretendo vomitar un licuado de espinaca encima de ese hermoso y suave cutis.

Cada veinte mil supuestos casos de posesión espiritual en el mundo, solo uno se da en el contexto de una familia rica. Gustave Gordils es el primogénito del fundador de Gordils & Harrys, un imperio de la industria alimenticia desarrollado en Asia y África. El arzobispo de Tarragona ha dado parte de la situación a mi supervisor. Estoy al corriente del súbito fallecimiento del padre, una herencia millonaria, la existencia de un hermano y este repentino caso con aroma de fraude percibido también por el obispado de la diócesis de Vic. Ante todo, se me ha pedido mantener discreción total dada la importancia, el prestigio y el bolsillo de Gordils, quien insiste estar poseído aunque, por ahora, nada en él sugiera tan lamentable condición o siquiera su impostura. He viajado desde la Pontificia Academia de las Ciencias hasta su residencia, el castillo de Perafita, con esa sensación de incomodidad por lo impredecible que atañe siempre a todo caso peculiar ya previsto por la estadística.

Educado y elegante, me pasea a través de los lujos de su hogar mientras habla de sí mismo en tercera persona. En el estudio, su médico me entrega los resultados normales de una revisión completa. Su organismo está libre de narcóticos y el encefalograma no indica ninguna anomalía. Aun así, vuelven a extraerle sangre y vuelve a dejar una muestra de orina y heces para un nuevo análisis puesto a mi cargo. También repetirá, según afirma, el encefalograma en una clínica privada de mi conveniencia, mañana a primera hora, conmigo presente. En el comedor regio me enseña la mesa rectangular alrededor de la cual se

confabularon los vigatans y me invita a tomar asiento. Solo hay vajilla para dos personas, cabecera y lado derecho. En el extremo opuesto, una carpeta.

–He preparado Jeotgukji según la receta de uno de los reyes de la dinastía Cho-sen. Ojalá no le disguste el picante.

Deja de mirarme y sirve vino en mi copa, luego en la suya. Propone un brindis por las «sanas conjuras», agita el líquido, acerca su nariz, inhala con fuerza y vuelve a colocar su mirada en mí. Esquivo sus ojos y observo la lluvia torrencial a través de las tres ventanas de enfrente que dotan de simetría al recinto.

–Gewürztraminer, directo de la bodega más respetable de Alsacia. El maridaje con este plato es hermoso porque es imperfecto. ¿Ha notado cómo persiste en su paladar? –Bebe un trago y se dilatan sus pupilas–. Disfrute del sabor, déjese llevar.

Es cierto, o peor: el perfume del conjunto insinúa una invasión más grave, acaso la de Gordils en mi mente. Aún con mayor perseverancia se funde su mirada en la mía, a la manera de un lector.

–Déjeme decirle una cosa. –Apoya la copa y me señala con el dedo–. Respecto a su jefe, el señor Pagano, nunca entenderé cómo una persona con tal apellido puede ser el prefecto del archivo secreto del Vaticano. –Emite una carcajada.

–Tiene su gracia.

–Mire, usted está mejor capacitada para ocupar ese puesto –sentencia.

–Un poseso nunca se caracteriza por su amabilidad –comento mientras me llevo un trozo de col y corvina negra a la boca.

–Sin embargo, eso no significa que el señor Gordils no esté poseído –afirma.

–Por favor, ilústreme.

–Él mismo ha ofrecido su cuerpo. Podría contarle los detalles, pero no me entendería; si usted goza de facultades para un lenguaje unidimensional, yo debería explicárselo desde un lenguaje tridimensional.

—Con frecuencia los timadores recurren a esta clase de símiles para ahorrarse una explicación veraz. Le hacía un hombre con imaginación.

—Jamás le timaría, señorita Feito. Usted tiene el brío y la inteligencia para probar la actual situación del señor Gordils. Sí me ahorraré su lógica tendencia al escepticismo. No me verá levitar y entonces no tendrá usted que comprobar la existencia de imanes ocultos en el techo o en mi ropa. No verá ningún objeto volar y entonces no tendrá usted que revisar cada mueble en busca de hilos o diminutos mecanismos de propulsión instalados en ellos. En función a su informe vendrá o no el mejor de los exorcistas, pero para cuando él llegue a este castillo, esto que usted y yo llamamos «señor Gordils» ya habrá regresado y con una profunda laguna mental a cuestas. Ahora bien, ¿en cuánta medida dejará que la fe nuble la razón?

—Soy científica, luego creyente. Mi trabajo se fundamenta en el pensamiento crítico y no en la fe.

—¿Y la Biblia es uno de los fundamentos de esa fe? —cuestiona mientras mastica de lado y se tapa la boca con una servilleta de algodón—. Créame, ese conjunto de libros no es la palabra de Dios. ¿Ha leído usted la *Fatalis contradictio*? ¿Conoce el argumento Lee Min Ki?

Niego con un gesto y llevo otro trozo de col a mi boca. Culpo al ámbito académico por mi ignorancia e intento discernir si el autor no ha sabido captar la atención o si la Iglesia le ha ninguneado. Hecho un vistazo hacia la cabecera vacía para confirmar si la carpeta aún sigue allí, de paso percibo el susurro del viento colarse en el comedor. Un destello penetra por las ventanas, luego la voz ronca del cielo hace temblar todos los cristales.

—Una mujer de Seúl derribó el texto sagrado de la religión occidental, nunca me empalagaré con esta idea. El argumento es muy simple. —Da un sorbo al vino con sus ojos petrificados en los míos y noto la dilatación una vez más—. La salvación es un evento discriminatorio donde Dios además manifiesta conocimiento de

causa. No podemos conocer los atributos de la perfección con certeza, pero sí intuir, como quien intuye de una sombra el objeto interpuesto en el trayecto de un haz de luz, que un ser perfecto es estático, y por una cuestión ontológica no puede desear, ni necesitar, ni sentir la falta ni la sobra de algo. En tal absoluto no cabe lo incompleto, pero descartada esta apreciación que define per se la imposibilidad del universo como una empresa divina, podemos atrapar a la deidad bíblica en su propio juego. Asumamos a Dios como una entidad incapaz, por lo menos, de cometer errores, de contradecirse; a) el deseo de Dios es ver al conjunto de la humanidad salvada; b) para salvarse, es preciso cumplir con lo que Él espera de nosotros; c) en las Escrituras, predice la salvación de algunos y la condena de otros. ¿Está de acuerdo con estas tres premisas?

—Por ahora.

—Entonces, si el conjunto de la humanidad cumple con lo que Él espera, el conjunto de la humanidad se salva; si esto realmente llega a suceder, quedaría demostrado que Dios se equivocó cuando predijo la salvación de algunos y la condena de otros; y si esto no llega a suceder, ¿cómo una entidad incapaz de cometer errores puede en algún momento pretender la salvación del conjunto de la humanidad tras haber manifestado conocimiento de un evento en donde unos se salvan y otros no?

—¿Y? Esto no prueba su inexistencia.

—Lee Min Ki no pretendía hacerlo —señala con aires de catedrático—, sino demostrar que la Biblia no es su palabra, puesto que Él no comete errores, ni puede ser superado por ningún razonamiento humano.

—El argumento da por sentado algunas definiciones discutibles. ¿A dónde quiere llegar con esto, señor Gordils?

Deja los cubiertos, se pone de pie, camina hacia un crucifijo colgado en la pared a mis espaldas, lo toma y vuelve a mi posición. Un trueno quiebra el sonido de sus pasos.

Otra vez, sus ojos se incrustan en mí.

–Quiero llegar a educarle. El relato cristiano es ficción, y al mismo tiempo le muestro por primera vez un cuerpo invadido por otra conciencia. –Besa los pies de Cristo–. Ve, no siento ninguna aversión por esta imagen. Si los cristianos alabaran esta botella de vino blanco, los falsos poseídos la detestarían. La cuestión no va de histerias ni enfermedades mentales. –Rodea la mesa en dirección al extremo opuesto. Coloca las cinco yemas de su diestra sobre la carpeta y le da el impulso preciso para deslizarla hasta mis manos–. Como ya sabe, Gordils padre ha muerto y en su testamento se especifica la herencia y los herederos. El finado era un devoto cristiano; prueba de ello son, además de los numerosos crucifijos como este diseminados en las paredes del castillo, su rigurosidad religiosa, sus generosas donaciones a las archidiócesis de Tarragona y Barcelona y su obsesión por la pureza espiritual de los miembros de la familia. Jamás fue secreto su temor a los demonios. La huella de ese miedo adorna su testamento. –El estruendo de un rayo me sobresalta, él ni pestaña–. La gran multinacional fundada por el padre debería ser heredada por este cuerpo, este hijo, el mayor. El hermano menor ha sido excluido del imperio, pero hay un detalle capaz de cambiar tal destino, aparte de su muerte, claro, la opción más arriesgada y menos divertida. Mire, léalo usted misma en la última página, último inciso. –Verifico y empiezo a comprender mi rol en el tablero–. Me he tomado la libertad –reanuda– de redactar una declaración donde se niega cualquier afección física y psicológica como causa de la conducta del señor Gordils y se testifica la posesión espiritual del mismo. Usted solo debe colocar su firma. El albacea del difunto recibirá este documento y de inmediato, tal y como consta en el testamento, el gran imperio pasará a su hermano...

–¿No esperará verme firmar esto solo porque usted lo diga?

–Claro que no, señorita Feito.

Saca un bistrú del bolsillo y lo apoya sobre la mesa, mientras las gotas de lluvia golpean los vidrios de las ventanas. La tormenta

se desboca y sus ruidos se hacen constantes. Sin embargo, no deja de mirarme, se quita el cinturón y se baja los pantalones. Sus partes quedan al descubierto y yo me pongo de pie, pero antes de poder lanzar algún reproche, coloca también su pene sobre la mesa. Sostiene el glande con el dedo índice de la mano izquierda para retraer el prepucio con el pulgar. Maneja el bisturí con la derecha para ubicar el filo lo más cerca posible de la base del miembro.

—¡Señor Gordils, por favor!

—Tranquila, ya he dicho que no voy a vomitarle encima. —Sus pupilas se dilatan aún más y su órgano aumenta de tamaño—. Verá, la rigidez facilita el corte.

Doy unos pasos atrás e intento clasificar su conducta. Algo puede andar mal con el sistema serotoninérgico. Recorro las posibilidades desde el síndrome de autolesión reiterativa, los síntomas de disociación en diferentes clases, hasta un trastorno psicótico breve sin poder encajar la templanza y la erección casi resuelta a voluntad. Es más o menos probable un trastorno esquizofreniforme, la muerte del padre pudo haberla nutrido. Ya sin sentido y mucho menos convencida, apelo a un trastorno de ansiedad. No aparenta ser una perturbación del control de los impulsos, no puede serlo y carece de tensión. Más complicado es pensar con agilidad al compás de la tormenta y el pulso temerario de Gordils, en especial cuando introduce el bisturí en el muslo de su pierna derecha sin esbozar una mueca de dolor. Lo extrae y vuelve a la posición anterior como si nada hubiera pasado. Capto el mensaje: no pretende ir de farol.

—En esta sociedad, los genitales valen más que el alma. Recae en usted la amputación de la herramienta preferida del señor Gordils. Firme o contemple. Luego continuaremos con otras partes y, se lo aseguro, en ningún momento me verá sufrir, al contrario, y usted se convencerá al final de la posesión de este cuerpo o llegaremos a un punto en donde, si hace falta, ya no se

pueda cortar nada más y, en ese caso, ya habrá sido en parte responsable de la muerte de un hombre.

—Usted es una persona inteligente, no haga esa locura. ¿No sería más sencillo recibir la herencia y luego, si no la quiere, entregársela a su hermano? Ha inventado estar bajo el influjo de una voluntad ajena para rechazar sin culpa el legado de su padre.

—Señorita Feito, me toma por un loco con la simple intención de deshacerse, mediante un método poco ortodoxo, de una herencia millonaria. La entiendo, jamás se topó usted con una situación semejante, y, por lo general, uno obra con el objeto de heredar. Esa falta de profundidad es de hecho la razón por la que está aquí. Usted sí es inteligente, ya se lo dije antes, aunque no logra ver la imagen completa. —Suspira con el cuerpo relajado. Una línea delgada de sangre aparece entre la carne y el filo del bisturí. En calma señala con la vista el documento—. Le propongo una solución intermedia. No firme, présteme su cuerpo y firmaré en su lugar. El señor Gordils conservará su integridad física y usted habrá comprobado sin equívoco la certeza del fenómeno que nos reúne. De una manera u otra, este cuerpo no puede quedar al mando de esta monstruosa compañía. También se trata de salvar a millones de consumidores de una muerte lenta.

—Por favor..., ¡qué remedio!, vamos, ¡poséame!, ¿qué espera? Quítese eso de una buena vez y demuéstremelo.

—Así será. —Una sonrisa victoriosa se perfila en su rostro mientras el cielo se derrama en llanto.

Desperté semidesnuda entre abundantes herramientas de jardinería. Desorientada y con la visión un tanto borrosa, creí ver al cardenal Lanza acomodarse el hábito y salir de la habitación. No me sentí vulnerada, quizá estuve a punto de serlo. Me reincorporé tras varios minutos y dando tumbos intenté seguir sus pasos. La luz del día me dio de lleno. Caminé al calor del sol matinal entre árboles familiares hasta vislumbrar, a pocos metros, la casina de Pio IV.

Mi laguna mental estaba compuesta por unos siete años. Soy prefecta del archivo secreto del Vaticano, mi rostro ha salido en los periódicos bajo titulares que me destacan como la primera mujer de la Historia en ocupar el puesto. Nadie creará mi historia, estoy sola. He intentado dar con el señor Gordils, quien vive ahora en una isla griega ajeno a los problemas del orbe, pero ha rechazado tres veces encontrarse conmigo. Estoy aislada y noto una ligera dificultad para seguir el ritmo del mundo. Trato de dormir lo menos posible, tengo miedo porque revivo la confusión al despertar. Consumo mucho café y demasiadas barras energéticas, todo Gordils & Harrys.

Un día, la sede vacante dio comienzo a un nuevo cónclave. No me sorprendí cuando el cardenal Lanza fue electo nuevo papa. Unos días después, inició el concilio Vaticano III para discutir el grado de inspiración divina en la Vulgata, con el argumento Lee Min Ki como punto de partida, pero no apoyando tal argumento, sino desdeñándolo, buscando una refutación digna de estos tiempos. Tras dos años, se concluyó negar la autenticidad de la Vulgata decretada en el Concilio de Trento. El argumento Lee Min Ki destruyó así toda cualidad sagrada en la Biblia y la Iglesia optó por eliminar libros enteros y reescribir una versión corregida. Los exégetas de línea dura acusaron en la escandalosa modificación el fin del cristianismo y la apertura de un libertinaje espiritual, en suma, la victoria del maligno.

Tras el segundo o tercer cisma, el santo padre organizó una cena para los ochenta miembros vitalicios y honoríficos de la Pontificia Academia de las Ciencias. Mi sitio ocupaba su lado derecho, el más cercano a la cabecera. El aroma ya me lo confirmaba, al final tenía razón, lo he comprobado. Volví a comer Jeotgukji y beber Gewürztraminer. El papa brindó, bebió y sus pupilas se dilataron.

Sobre el autor de «El argumento de Lee Min Ki»:

Ángel W. Elgue (Montevideo, 1984) es Técnico en Comunicación Social y vive en Barcelona, donde trabaja como redactor para diferentes webs, tras haber colaborado como crítico de cine en la extinta «cineasta los créditos».

Ha publicado «El mensaje secreto de los piojos» en la antología *Sopa de letras –La cena de los hermanos* publicada por Ediciones Fergutson en el año 2010, «El origen de los hematófagos» en la antología *La sombra de Polidori*, publicada por Saco de Huesos Ediciones en el año 2014, «El argumento Lee Min Ki» en el tercer número de *Bestiario de lo sobrenatural* por la misma editorial y ha sido seleccionado con «El Inquisidor, el verdugo, el reo, la esposa y el niño» para formar parte del cuarto en el año 2017. Ha obtenido mención especial en el I concurso de relatos negros y cortantes, organizado por OcioZero con el cuento «Economía de Venganzas» (2016).

Ha obtenido mención especial en el 2º concurso nacional de ciencia ficción Carbono Alterado 2016 (Uruguay) con el cuento «El mejor de los mundos posibles» publicado por MMediciones en la antología *Ruido Blanco 4* y el segundo premio en su tercera edición con el cuento «O se espera o se cambia» publicado por la misma editorial en la antología *Ruido Blanco 5* (2017).